

Papá, quiero que me cuentes

Por Cecilia Greaves

-¡Papá, papá, contame de nuevo la historia!

-Ya está, hijo. Ya está.

-¡Pero por favor! Todavía no la entiendo muy bien. ¿Por qué estaban ahí?

-Porque pensábamos, hijo, y eso no se podía.- Mientras decía eso, se dio cuenta que no podía dejar de contar la historia. Más allá del dolor y del cansancio siempre que hubiera lugar para recordarla debía hacerlo, porque el olvido repite. Entonces le dijo:- Está bien, te la voy a contar de nuevo, pero prométeme que no me vas a interrumpir.

-Bueno.

-Era la noche del 16 septiembre de 1976 cuando llegaron a nuestra casa, nos golpearon, al igual que a nuestras familias, nos metieron la cabeza en una bolsa y nos llevaron. Al llegar allí estábamos asustados. Pocos nos conocíamos, pero ya todos éramos más que compañeros. Éramos hermanos. Hermanos, que por aquellas lamentables vueltas de la historia estaban siendo víctimas, junto conmigo, de la más despreciable miseria humana.

-¿Qué quiere decir miseria humana, papá?- Dijo Tomi mientras lo escuchaba atentamente.

-Quiere decir que aquellos hombres mostraron lo más despreciables y brutales que podían ser, exterminando más que a unos simples jóvenes. Exterminando a una generación, con ideas, sueños, valores. Eso es, Tomi. ¿Me dejás seguir?

-Si

-Bueno...Allí estábamos, encerrados en aquellas habitaciones oscuras, con muros tan frágiles y tan irrompibles al mismo tiempo y una pequeña ventanita llena de polvo a lo alto, indefensos, con los ojos vendados. Cada tanto, cuando lográbamos desatarnos con alguna estrategia para no desarmar todo surgía algún abrazo corto pero interminable, alguna canción cantada en conjunto, una mano que rozaba a otra mano desconocida, pero sin embargo tan unida. Nos habían obligado a crecer tan repentinamente y a presenciar la mayor brutalidad a la que un hombre puede llegar, lo menos que podíamos hacer es estar unidos. Tan rápido había terminado esa primavera, esa alegría, esa ilusión, esa seguridad de que en algún momento lograríamos aquel mundo de iguales por el que luchábamos, todo se había desvanecido. Igual, a mí siempre me gustaba recordar aquella alegría, me gustaba soñar en que haríamos cuando los largaran. A veces, también cantaba, todos me

callaban pero yo sé que tímidamente palmeaban las manos, golpeaban el suelo, recordando aquellos gritos que pegaban al cantar esa canción. Pero luego, recordábamos donde estábamos y el silencio volvía. Estábamos desnudos frente al dolor, frente a la crueldad. Estábamos solos. Los días pasaban, la ilusión se iba desvaneciendo poco a poco, las paredes cada día se achicaban más y la soledad invadía nuestra alma estrepitosamente. Recuerdo que a veces Claudia lloraba, escuchaba sus gemidos y me apoyaba en el muro, le pedía que ella se apoye también y así sentíamos que nos estábamos abrazando. Yo le decía que tenía que estar tranquila, pero creo que ella sentía lo que iba a pasar. Me decía “No puedo ser débil, boludo, no quiero llorar.”

-¿Esa es la que te gustaba, no? ¿Cuándo se lo dijiste?

-Ahí viene Tomi, pará... Fue uno o dos días antes de que me largaran. Ella creo que ya lo sabía, pero igual se hizo la sorprendida. Nos habían mandado a ayudar a una embarazada que estaba por parir, yo que sé, ninguno de los dos sabíamos nada de partos así que aprovechamos para vernos y charlar. Hace tanto que no nos mirábamos! Ahí, junto a Adriana a punto de parir le dije: “Che Clau, vos sabes que cuando salgamos vamos a ser novios, ¿No?” Y ella me miró fijamente, con una mirada dura pero que escondía un gran dolor tras ella, y me respondió “No vamos a salir, Pabli. Y si lo hiciéramos, no tengo nada para darte. Tengo miedo” Ahí mi ilusión se destrozó pero sin embargo la abraza, como nunca abraza a nadie en mi vida. Ella temblaba y sus lágrimas caían en mi hombro cuando Adriana empezó a gritar. Nos asustamos, llamamos a los milicos y vinieron. Se le llevaron y a nosotros nos volvieron a separar.

-¿Ahí fue la última vez que la viste?

-No. El día que me largaron pude verla un minuto. Le dije que me iba y ella sonriendo y llorando al mismo tiempo me dijo “No me olvides”. Le di un beso en la mejilla y me fui, arrastrado por uno de los guardias. Estuve mucho tiempo en la cárcel, cuando finalmente salí la busqué. Por todos lados la busqué hasta que la mamá me dijo que estaba desaparecida. Lloré como nunca había llorado en mi vida pero seguí adelante, por ella y por los demás que ya no estaban.

Pero un día, hace poco tiempo, la volví a ver.

-¿Qué!? ¿Cómo que la volviste a ver? ¡Papá, no me la presentaste!- Dijo Tomi sorprendido.

-Sí- Contestó Pablo un poco entre risas por el comentario de su hijo- Un día estaba en una plaza, sentado, recordándola como todos los días de mi vida y la vi, a ella y a los demás. Entro una columna de estudiantes cantando, reclamando, levantando banderas y la vi, la sentí. Y me di cuenta que no había desaparecido, ellos estaban ahí. Se me cayeron algunas lágrimas e inmediatamente escribí en una servilleta que tenía en el bolsillo “Yo no me olvide. Como nadie te olvidó. Hoy estás presente en cada lucha y en cada chico que alza tu bandera. Hasta pronto, compañera.”

Así, Pablo concluyó su relato. El niño lo abrazó y le susurró al oído “Yo tampoco me voy a olvidar, papá”. A él se le cayeron algunas lágrimas. Algunas de dolor, otras de orgullo, pero más que nada, de esperanza. **FIN**